

«Un libro adictivo»
The Telegraph

«Memorable, divertida,
elocuente y encantadora»
The Guardian

SOCIÓPATA

UNAS MEMORIAS

PATRIC GAGNE

PATRIC GAGNE

SOCIÓPATA

Unas memorias

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Sociopath. A memoir*

© Patricia Gagne, 2024

En este libro se publican las opiniones e ideas de su autora. Con él, se quiere proporcionar material útil e informativo sobre el tema que trata. Se vende con el entendimiento de que, con él, la autora y la editorial no proporcionan servicios médicos, sanitarios ni de ningún otro tipo personal ni profesional. Los lectores deberían consultar a sus propios profesionales médicos o sanitarios antes de poner en práctica ninguna de las sugerencias del libro o de sacar conclusiones de este.

© de la traducción del inglés, Anna Valor Blanquer, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025
Depósito legal: B. 21.703-2024
ISBN: 978-84-08-29691-1
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Liberdúplex
Printed in Spain – Impreso en España



Índice

Introducción	15
Niña sincera	23
Capas	38
Florida	49
Alerta	63
La señora Rabbit	82
Planos	96
Toques de color	119
Pequeños terremotos	138
Receta	157
Confesión.	172
Límite	187
Falsópata	205
Hogar.	220
Libertad	229
Broma de mal gusto	238
Abismo.	247
Orión	257
«Rebel Yell»	271
Anónimo	285
Espejismo.	300
Planteamiento	317

Compañía 326

Transparencia. 341

«Killer Queen» 350

Rorschach 366

«Modern Love» 387

Agradecimientos. 417

Niña sincera

Siempre que le pregunto a mi madre si se acuerda de la vez que en segundo de primaria le clavé un lápiz en la cabeza a una niña, su respuesta es la misma:

—Tengo un vago recuerdo.

La creo, porque una gran parte de los recuerdos de mi primera infancia son vagos. Hay algunas cosas que recuerdo con claridad absoluta. Como el olor de los árboles del Parque Nacional Redwood y nuestra casa en la colina cerca del centro de San Francisco. Cuánto me gustaba aquella casa. Todavía me acuerdo de los cuarenta y tres escalones que subían de la planta baja a mi habitación en la quinta planta y de las sillas del comedor a las que me subía para robar cristales de la lámpara de araña. En cambio, otras cosas no las tengo tan claras. Como cuándo fue la primera vez que me colé en casa de mis vecinos cuando no estaban. O de dónde saqué el medallón con una «L» grabada.

Dentro hay dos fotos en blanco y negro que nunca me he molestado en quitar y sigo sin poder evitar quedarme mirándolas. ¿Quiénes eran esas personas? ¿De dónde venían? Ojalá lo supiera. Supongo que es posible que me encontrase el medallón por la calle, pero es mucho más probable que lo robara.

Empecé a robar antes de saber hablar. O eso creo. No me acuerdo de la primera vez que robé algo, solo sé que a los seis o siete años ya tenía una caja llena de cosas robadas en el armario.

Perdida en los archivos de la revista *People*, hay una foto mía

de muy pequeña en brazos de Ringo Starr. Estamos en un jardín trasero cerca de mi lugar de nacimiento en Los Ángeles, donde mi padre trabajaba como ejecutivo en la industria musical, y yo le estoy robando las gafas. Está claro que no fui la primera niña que jugó con las gafas de un adulto, pero veo las gafas que reposan ahora en mi estantería y estoy convencida de que fue la única que le robó unas a un Beatle.

Que quede claro: no era cleptómana. Una persona cleptómana es aquella con un impulso persistente e irresistible de coger cosas que no le pertenecen. Yo sufría un tipo de impulso distinto, una compulsión ocasionada por la incomodidad de la apatía, la ausencia casi indescriptible de emociones sociales como la vergüenza y la empatía. Sin embargo, en aquel momento yo no entendía nada de esto, claro. Lo único que sabía era que no sentía las cosas como las sentían los demás niños. No sentía culpa cuando mentía. No sentía compasión cuando mis compañeros se hacían daño jugando en el patio. Por lo general, no sentía nada. Y no me gustaba la sensación que me provocaba esa nada, de modo que hacía cosas para sustituir esa nada por... algo.

Todo empezaba con el deseo de hacer que aquella nada desapareciera, una presión continua que se expandía e impregnaba todo mi ser. Cuanto más tiempo intentaba ignorarla, peor era. Se me tensaban los músculos, se me hacía un nudo en el estómago cada vez más y más apretado. Era una sensación claustrofóbica, como si estuviera atrapada dentro de mi cerebro, en un vacío.

Mis reacciones conscientes a la apatía empezaron siendo triviales. Robar no era algo que quisiera hacer necesariamente. Era solo la forma más fácil de aliviar la tensión. La primera vez que me percaté de esa conexión fue en primero de primaria, cuando me sentaba detrás de una niña que se llamaba Clancy.

La presión llevaba creciendo desde hacía días. Sin saber muy bien por qué, me vi superada por la frustración y tuve el impulso de hacer algo violento. Quería levantarme y tumbar el pupitre. Me imaginé corriendo hacia la pesada puerta de acero que daba al

patio y metiendo los dedos en las bisagras antes de cerrarla. Durante un momento, pensé que tal vez lo haría, pero entonces vi el pasador del pelo de Clancy.

Llevaba dos con un lazo rosa a cada lado. El de la izquierda se le había caído un poco. «Cógelo —me ordenaron de pronto mis pensamientos—, te sentirás mejor».

La idea me pareció muy extraña. Clancy era mi compañera de clase. Me caía bien y no tenía ninguna gana de robarle, pero quería que el cerebro dejase de retumbarme y una parte de mí sabía que robar me ayudaría. Así que, con cuidado, tendí la mano y desenganché el pasador.

Apenas estaba aferrado al pelo. Sin mi ayuda, es probable que hubiera caído solo, pero no cayó. Con él en la mano, me sentí mejor, como un globo demasiado hinchado que había soltado parte del aire. La presión se había evaporado. No sabía por qué, pero me daba igual. Había encontrado una solución. Era un alivio.

Tengo grabados en la mente esos primeros actos de desviación como coordenadas GPS que componen un camino hacia la autoconsciencia. Todavía soy capaz de recordar dónde conseguí la mayoría de las cosas que no me pertenecían cuando era niña. Sin embargo, no tengo explicación para el medallón con la «L». Por más que lo intente, no me acuerdo de dónde lo saqué. Aunque sí que me acuerdo del día que mi madre lo encontró en mi habitación y me pidió explicaciones de por qué lo tenía.

—Patric, tienes que decirme de dónde lo has sacado —me dijo.

Estábamos de pie al lado de mi cama. Una de las almohadas no estaba alineada con el cabecero y me consumía el impulso de ponerla recta, pero mi madre no me daba tregua.

—Mírame —me dijo agarrándome por los hombros—. En algún lugar hay una persona que echa de menos este colgante. Lo estará buscando ahora mismo y debe de estar muy triste por no encontrarlo. Piensa en lo triste que estará esa persona.

Cerré los ojos e intenté imaginarme lo que la persona a quien pertenecía el medallón estaría sintiendo, pero no pude. No sentí nada. Cuando abrí los ojos y la miré a los suyos, supe que mi madre lo sabía.

—Cariño, escúchame —me dijo arrodillándose—. Coger algo que no es tuyo es robar. Y robar es muy muy malo.

De nuevo: nada.

Mi madre hizo una pausa sin saber muy bien qué hacer a continuación. Respiró hondo y preguntó:

—¿Lo habías hecho ya?

Asentí y señalé el armario, donde le mostré mi alijo de contrabando. Juntas, repasamos la caja. Le expliqué lo que era cada cosa y de dónde venía. Una vez que la caja estuvo vacía, se puso en pie y me dijo que íbamos a devolver cada objeto a su dueño legítimo, lo cual me pareció bien. No temía las consecuencias ni sentía remordimientos, dos cosas más que ya había notado que no eran «normales». Devolver las cosas me iba bien. La caja estaba llena y vaciarla me ayudaría a volver a tener espacio para guardar las próximas cosas que robara.

Después de haberlo repasado todo, mi madre me preguntó:

—¿Por qué has robado todo esto?

Pensé en la presión que sentía en la cabeza y en la sensación de necesitar hacer cosas malas a veces.

—No lo sé —respondí.

Era cierto. No tenía ni idea de qué provocaba esa sensación.

—Pero... ¿lo sientes? —preguntó.

—Sí —dije yo.

También era cierto. Sentía tener que robar para dejar de fantasear con la violencia, para no hacerle daño a la gente.

Daba la impresión de que mi madre tenía ganas de que nos olvidásemos del asunto.

—Te quiero muchísimo, cariño —me dijo—. No sé por qué has robado todo esto, pero quiero que me prometas que, si alguna vez vuelves a hacer algo así, me lo dirás.

Asentí. Mi madre era la mejor. La quería tanto que me resultó fácil cumplir la promesa. Por lo menos al principio. No llegamos a encontrar al dueño del colgante, pero, con los años, se me ha ido dando mejor imaginarme cómo debió de sentirse cuando se dio cuenta de que había desaparecido. Seguramente se parece mucho a cómo me sentiría yo ahora si alguien me lo quitara a mí, pero no estoy segura.

La empatía, como el arrepentimiento, nunca me ha salido de forma natural. Me críe en la Iglesia baptista. Sabía que teníamos que sentirnos mal cuando cometíamos un pecado. Mis maestros hablaban de «sistemas del honor» y de algo llamado «culpa», pero yo no entendía qué importancia podían tener. Comprendía los conceptos en lo intelectual, pero no los sentía.

Como podréis imaginar, mi incapacidad de comprender habilidades emocionales básicas hizo que el proceso de hacer y mantener amigos fuera algo complicado. No era que me portara mal con los demás; nada de eso. Solo era diferente. Y los demás no siempre valoraban mis singulares cualidades.

Estábamos a principios de otoño y yo acababa de cumplir siete años. Me habían invitado —junto con todas las chicas de la clase— a la fiesta de pijamas de una amiga. Se llamaba Collette y vivía a unas calles de la mía. Llegué a su casa con mi falda rosa y amarilla favorita. Era su cumpleaños y yo insistí en ser la que llevase el regalo hasta su casa: el coche descapotable de Barbie enrollado en papel iridiscente.

Mi madre me dio un fuerte abrazo cuando me dejó allí. Estaba nerviosa porque íbamos a pasar la primera noche separadas.

—Y no te preocupes —me dijo tendiéndome la mochila y el saco de dormir de Holly Hobbie—, si hace falta, puedes volver a casa.

Pero yo no estaba preocupada. De hecho, estaba emocionada. ¡Una noche entera en otro sitio! Qué ganas tenía de que empezara todo.

La fiesta fue divertida. Nos atiborramos de *pizza*, tarta y helado antes de ponernos el pijama. Bailamos en la sala de estar y jugamos en el jardín, pero cuando se acercó la hora de dormir, la madre de Collette anunció que era «momento de calmarse». Puso una película en el salón y nosotras nos acostamos en los sacos de dormir formando un círculo. Luego, una a una, las niñas fueron quedándose dormidas.

Cuando terminó la película, yo era la única que quedaba despierta. Ahí, en la oscuridad, volví a ser plenamente consciente de mi falta de emociones. Miré a mis amigas inmóviles. Era inquietante verlas con los ojos cerrados. Noté la tensión creciente en respuesta al vacío que sentía y tuve la necesidad de pegarle a la niña que tenía al lado lo más fuerte que pudiera.

«Qué raro», pensé. No quería hacerle daño. Y, al mismo tiempo, sabía que me ayudaría a relajarme. Negué con la cabeza ante la tentación y fui saliendo despacio del saco de dormir para alejarme de ella. Entonces me levanté y empecé a dar vueltas por la casa.

Collette tenía un hermano pequeño llamado Jacob. En la habitación de bebé, en la segunda planta, había un balcón que daba a la calle. Subí por las escaleras sin hacer ruido y entré en el cuarto. El bebé estaba dormido y me lo quedé mirando. Parecía diminuto en la cuna, mucho más que mi hermana pequeña. Había una manta hecha una bola en un rincón. La cogí y le arrojé el cuerpecito con ella. Entonces centré la atención en las puertas del balcón.

La cerradura de seguridad hizo un clic bajito cuando abrí las puertas y salí a la oscuridad. Desde allí se veía casi toda la ciudad. Me puse de puntillas, me incliné hacia delante para mirar la calle y me fijé en la intersección junto a la casa de al lado. Reconocí el nombre de la calle y supe que estaba a una de la mía. Seguro que solo me llevaba unos minutos llegar.

De pronto, supe que ya no quería estar allí. No me gustaba ser la única que estaba despierta y todavía me gustaba menos te-

ner tan pocos límites. En casa siempre tenía a mi madre, que me mantenía a raya, pero aquí, ¿quién iba a impedirme hacer algo? Y ¿qué era ese algo que iba a hacer? Me sentí inquieta.

Cuando salí por la puerta de la casa estaba todo oscuro y me encantó. Me hacía sentir invisible y la presión que había notado se evaporó al instante. Llegué a la acera y emprendí el camino a mi casa mirando las otras casas mientras andaba. ¿Cómo serían las personas que vivían allí? ¿Qué estarían haciendo? Ojalá pudiera descubrirlo. Ojalá fuera invisible de verdad para poder pasarme el día observándolas.

El aire era fresco y la niebla cubría las calles como un manto. «Tiempo de brujas», le gustaba llamarlo a mi madre. Al llegar a la intersección, saqué el saco de dormir de la mochila y me lo enrollé como una bufanda enorme. La distancia era mayor de lo que esperaba, pero no me importó.

Miré al otro lado de la calle y me fijé en una casa con la puerta del garaje abierta. «¿Qué habrá dentro?», me pregunté. Entonces se me ocurrió: «Puedo ir a averiguarlo».

Me maravilló el cambio en el ambiente cuando bajé de la acera. Parecía que las normas habían desaparecido con la luz del día. En la oscuridad, cuando el resto del mundo dormía, no había restricciones. Podía hacer lo que fuera. Podía ir donde fuera. En casa de Collette, ese pensamiento me había incomodado, pero ahora la misma posibilidad tenía el efecto contrario. Me sentí poderosa, tenía el control. Me pregunté por qué era diferente.

La luz de la luna iluminaba mi camino al acercarme al garaje abierto. Entré y me detuve para mirar a mi alrededor. Había una ranchera beis aparcada a un lado que dejaba espacio para una gran variedad de juguetes y trastos. «Aquí deben de vivir niños», pensé. Rocé un monopatín con el tobillo. Era como papel de lija.

Resistí el impulso de llevármelo, fui hacia el coche y abrí la puerta trasera del lado del copiloto. El resplandor tenue de la luz interior del coche iluminó el garaje, así que me metí dentro de un salto y cerré la puerta. Me quedé quieta y esperé a que pasara algo.

El silencio dentro del coche era ensordecedor, pero me gustaba. Me recordaba a la película *Superman* y la visita de Christopher Reeve a la Fortaleza de la Soledad.

—Es como una cámara —suspiré.

Me imaginé fortaleciéndome con cada segundo que pasaba allí dentro.

En la calle, un destello me llamó la atención y vi un coche pasar. Era un sedán oscuro y entrecerré los ojos al observarlo.

—¿Qué haces aquí?

Decidí que el coche era un enemigo.

Abrí de prisa la puerta y salí de puntillas justo a tiempo para ver que el sedán doblaba la esquina. «El general Zod», pensé desafiante. Y volví a cruzar la calle hasta donde había dejado mis cosas. Cuando me agaché a recogerlas, noté el olor familiar de detergente de la ropa y decidí que era hora de volver a casa. Me arrimé al lado de la acera más cercano a los árboles. Cogí velocidad y empecé a zigzaguear amparada por las sombras. «¿Por qué iba a darle miedo la noche a nadie? —me pregunté avanzando alegremente—. Es la mejor parte del día».

Para cuando llegué a la base de la colina en la que estaba mi casa, estaba agotada. Subí a duras penas la empinada cuesta arrastrando la mochila detrás de mí como si fuera un trineo. La puerta lateral estaba abierta, así que pude entrar en casa sin llamar. Subí las escaleras sin hacer ruido hasta mi habitación intentando no despertar a mis padres, pero, poco después de meterme en la cama, mi madre irrumpió por la puerta.

—¡PATRIC! —gritó dando un manotazo en el interruptor de la luz—. ¡¿QUÉ HACES AQUÍ?!

Su reacción me sobresaltó y me puse a llorar. Esperando que lo entendiera, le conté todo lo que había hecho, pero eso solo pareció empeorar las cosas. Se puso a llorar también con los ojos abiertos por el miedo mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—Cariño —dijo por fin abrazándome—. No vuelvas a hacer

esto nunca más. ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Y si no hubieras podido volver a casa?

Asentí mostrando mi acuerdo, pero no me preocupaba de verdad ninguna de esas dos cosas. Más que nada, estaba confundida. Mi madre me había dicho que podía volver a casa cuando quisiera. ¿Por qué se ponía así?

—Porque quería decir que iría a por ti —me explicó—. Prométeme que nunca volverás a hacer algo así.

Se lo prometí, pero no tendría la oportunidad de cumplir la promesa por lo menos en unos cuantos años. Pronto descubrí que los padres no veían con buenos ojos a las niñas que iban a las fiestas de pijamas, se sentían apáticas en plena noche y terminaban decidiendo marcharse a casa a pie ellas solas. A la madre de Collette no le sentó bien enterarse de lo que yo había hecho y no se esforzó por ocultar su desprecio. En cuanto les hablé a los demás padres de mi truco de desaparición, dejaron de llegarme invitaciones a fiestas, pero no eran solo los padres los que desconfiaban. Los otros niños también notaban que había algo extraño en mí.

—Eres rara —dijo Ava.

Es uno de los pocos recuerdos que tengo de primero de primaria. Había una casa de muñecas de la altura de un niño en un rincón del aula y unos cuantos niños estábamos jugando a las casitas. Ava era una de mis compañeras de clase. Era amable y justa, y a todo el mundo le caía bien. Esa era una de las muchas razones por las que asumía el papel de «mamá» siempre que jugábamos. Yo, sin embargo, prefería otro personaje.

—Me pido al mayordomo —dije.

Ava me miró confundida.

Los mayordomos, por lo que me había dado a entender la tele, tenían el mejor trabajo del mundo. Podían desaparecer durante largos periodos de tiempo sin dar explicaciones. Tenían acceso ilimitado a los abrigos y los bolsos de todo el mundo.

Nadie cuestionaba nunca sus actos. Podían entrar en una habitación sin que nadie esperase que interactuasen con el resto de las personas. Podían escuchar las conversaciones de los demás. Era la profesión ideal, por lo menos para mí, pero mi explicación no convenció a todo el mundo.

—¿Por qué eres tan rara? —me preguntó Ava.

No lo dijo para ser cruel. Era más bien la constatación de un hecho, una pregunta que yo sabía que no necesitaba respuesta. Sin embargo, cuando la miré, reparé en una expresión de lo más peculiar en su cara. Una que no había visto nunca.

Era un gesto muy específico: confusión, certeza y miedo a partes iguales. No estaba sola. Los otros niños me miraban de la misma manera. Como si pudieran ver algo en mí que yo no veía.

Impaciente por cambiar de tema, sonreí e hice una reverencia.

—Disculpe, señora —dije con mi voz más mayordomessa—, pero, si me comporto de forma extraña, ¿es porque alguien ha asesinado al cocinero!

Era una distracción que ya había perfeccionado: *shock* con una pizca de humor. Todo el mundo se rio y gritó, y el juego tomó un tono emocionante —aunque también perturbador— y mi «rareza» pasó desapercibida. Sin embargo, yo era consciente de que se trataba solo de una solución temporal.

Dejando de lado mi afición por el robo y la desaparición, había algo en mí que incomodaba a los demás niños. Yo lo sabía. Ellos lo sabían. Y, aunque podíamos coexistir en paz como compañeros de clase, casi nunca me incluían en las actividades extraescolares. Tampoco me importaba; me encantaba estar sola, pero al cabo de un tiempo mi madre acabó preocupándose.

—No me gusta que pases tanto tiempo sola —me dijo.

Era una tarde de sábado y había subido a mi habitación para ver cómo estaba tras varias horas a solas.

—No pasa nada, mami —respondí—. Me gusta.

Mi madre frunció el ceño y se sentó en mi cama poniéndose un mapache de peluche en el regazo, sin prestarle atención.

—Es que creo que podría irte bien que vinieran algunas amigas. —Hizo una pausa—. ¿Quieres invitar a alguien del colegio? ¿Qué me dices de Ava?

Me encogí de hombros y miré por la ventana. Había estado intentando determinar cuántas sábanas tenía que atar para hacer una cuerda lo bastante larga para llegar al suelo desde mi cuarto en la última planta. Esa misma semana había visto en el catálogo de unos grandes almacenes algo llamado «escalera de emergencia» y estaba decidida a fabricarme una. No sabía muy bien lo que quería hacer con ella, solo sabía que la necesitaba, pero ahora mi madre me estaba distrayendo.

—No sé —dije—. Ava es maja, igual podemos invitarla el mes que viene.

Mi madre dejó el mapache a un lado y se levantó.

—Bueno, vienen los Goodman a cenar —anunció alegre—, así que supongo que esta noche jugarás con las niñas.

Los Goodman vivían en la misma manzana de casas y quedaban de vez en cuando con mis padres. Sus hijas eran el terror del barrio y yo no las aguantaba. Sydney era una abusona y Tina era estúpida. Siempre se metían en líos, por lo general a instancias de Sydney, y su comportamiento me parecía exasperante. Puede que yo no fuera quién para juzgarlas, pero en aquel momento justificaba el asco que me daban. Desde mi punto de vista, todo se reducía a la intención. Aunque algunas veces mis actos fueran cuestionables, yo no rompía las reglas porque lo disfrutara, me portaba mal porque sentía que no tenía otro remedio. Era una forma de sobrevivir, de impedir que pasaran cosas peores. Los actos de las Goodman, en cambio, eran temerarios, crueles y buscaban llamar la atención. Las cosas malas que les gustaba hacer no tenían ningún propósito que no fuera el de la crueldad por la crueldad.

Mi hermana Harlowe tenía cuatro años menos que yo y se-

guía siendo casi un bebé. Compartíamos la última planta de la casa con nuestra niñera, una mujer encantadora de El Salvador que se llamaba Lee. Lee dormía en la habitación que había al lado de las nuestras. Cuando venían los Goodman, solía estar en la habitación de Harlowe durmiéndola. Y pocas veces pasaba una visita de los Goodman sin que Sydney intentase hacer alguna atrocidad.

—¡Vamos a entrar en la habitación de Lee y echarle agua en la cama! —murmuró Syd aquella noche cuando estábamos sentadas en mi cuarto.

Yo ya estaba molesta.

—Qué tontería —dije—. Sabrá que hemos sido nosotras, ¿y entonces qué? ¿Qué sacas de eso? Se lo dirá a nuestros padres y tendréis que iros a casa.

Llevaba el pasador que le había robado a Clancy enganchado a una de las trenzas. Empecé a tocar el cierre y pensé: «Tal vez lo del agua no ha sido tan mala idea al fin y al cabo».

Syd ya había abierto la puerta y estaba mirando el pasillo.

—Ya, bueno, es demasiado tarde, porque ya se ha metido en su habitación. Debe de haber dormido a Harlowe. —Se dio la vuelta—. ¡Vamos a despertarla!

Tina levantó la mirada de la revista que estaba leyendo y emitió un ronquido de aprobación. Yo estaba perpleja.

—¿Por qué?

—¡Porque entonces Lee tendrá que volver a dormirla! ¡Y cada vez que lo consiga la volveremos a despertar! ¡Será supergracioso!

A mí no me parecía gracioso. Para empezar, no pensaba dejar que nadie molestase a mi hermana. No sabía qué distancia habría entre la quinta planta y la cuarta, pero estaba lista para empujar tanto a Syd como a su hermana «por accidente» por las escaleras si hacía falta. Y, respecto a la niñera, no quería que saliera de su habitación. Sabía que, en cuanto mi hermana se iba a dormir, Lee llamaba a su familia y hablaban durante horas. Eso significaba

que yo podía escuchar mis discos de Blondie sin que nadie me molestara.

En aquel momento había desarrollado una especie de fijación con Debbie Harry. Me cautivaba todo lo relacionado con Blondie, sobre todo *Parallel Lines*. En la portada del disco, Debbie Harry lleva un vestido blanco y tiene los brazos en jarras y una expresión implacable en la cara. Me encantaba esa imagen y quería ser igual que ella. Tanto que si echáis un vistazo a los álbumes de mi madre, veréis que, durante más de un año, intenté reproducir esta pose icónica en las fotos.

Debbie Harry no sonreía en la portada del disco, así que decidí que yo tampoco sonreiría, para nada. Por desgracia, después de un episodio espectacularmente desastroso con el fotógrafo del colegio que resultó en un trípode en el suelo a causa de una patada mía, mi madre decidió que Debbie Harry era una «mala influencia» y tiró todos mis discos de Blondie. Que los había rescatado del contenedor y los escuchaba todas las noches no lo sabía ni Lee.

Decidí cambiar de táctica.

—¿Qué os parece esto? —ofrecí—. Vamos a escaparnos al jardín de atrás y a espiar a nuestros padres por la ventana.

Noté que Syd estaba irritada. Mi plan no incluía torturar a nadie y, por lo tanto, era deslucido en comparación con el suyo. De todos modos, la idea de escuchar a nuestros padres era demasiado emocionante y ni ella podía resistirse. Tina también parecía encantada.

Tras algunas negociaciones, Syd accedió. Abrimos un poco la puerta de mi cuarto y nos escabullimos en fila por el pasillo, pasando por delante de la habitación de la niñera. Finalmente, llegamos a la planta baja, al cuarto de la colada. Yo abrí el pestillo de la puerta lateral de la casa. El aire de California era fresco y dulzón.

—Vale —dije—, id vosotras dos por aquí y nos vemos en el porche de atrás.

Parecían nerviosas, el jardín no solo estaba sumido en la oscuridad total, sino que, además, en pocas palabras, no había jardín, ya que casi toda la casa se sostenía sobre unos pilares de madera que caían treinta metros por la colina. Un paso mal dado y caerían rodando hasta abajo.

—No tendréis miedo, ¿no?

Puse mi cara de preocupada.

Tina respondió primero:

—Tráeme una Coca-Cola —dijo, y desapareció por el lado de la casa con una Syd vacilante detrás.

En cuanto desaparecieron de mi vista, entré otra vez en casa y cerré la puerta con pestillo. Volví a subir las escaleras hasta mi habitación, apagué las luces, me metí en la cama y encendí el tocadiscos. Estaba tranquila y bastante satisfecha conmigo misma. Sabía que tendría que haberme sentido mal por lo que había hecho, pero no. Pude escuchar a Blondie sin que me molestaran.

Pasó casi una hora hasta que vi la sombra de mi madre en las paredes de la escalera. Tiré los cascos al suelo y conseguí bajar el volumen del todo antes de que entrase por la puerta.

—Patric, ¿has dejado encerradas fuera de casa a Syd y a Tina? —preguntó.

—Sí —respondí con sinceridad.

Vi que mi madre no tenía claro qué decir a continuación.

—Bueno, pues los Goodman están muy disgustados —me dijo sentándose a mi lado en la cama—. Las niñas se han perdido en la oscuridad y no sabían volver a entrar. Se podrían haber hecho daño, cielo. —Hizo una pausa y añadió—: No creo que vuelvan más.

—¡Qué bien! —contesté encantada—. Tina siempre se baña en mi bañera con todas las luces apagadas, que es de estar loca, y Syd siempre trae comida a escondidas a la habitación y lo pone todo perdido. ¡Son muy pesadas!

Mi madre negó con la cabeza y suspiró.

—Bueno, pues gracias por decirme la verdad, cariño. —Me

dio un beso en la coronilla—. Pero estás castigada. No puedes salir de casa ni ver la tele durante una semana.

Asentí aceptando mi sino en silencio. Era un precio bajo que pagar.

Mi madre se levantó y ya había llegado a las escaleras cuando la llamé.

—¿Mamá?

Dio la vuelta y volvió a mi habitación. Yo respiré hondo.

—Saqué los discos de Blondie de la basura cuando tú los tiraste y los escucho cada noche, aunque sé que no debería.

Mi madre se quedó de pie. Las luces del pasillo iluminaban su glamurosa figura desde atrás.

—¿Los tienes... aquí? ¿En tu habitación?

Asentí. Mi madre fue hasta el tocadiscos, donde *Parallel Lines* seguía girando en silencio. Me miró y negó con la cabeza. Y luego, uno a uno, recogió los discos y se los metió debajo del brazo antes de volver a besarme. Me apartó el pelo de la cara y de la frente.

—Gracias por contármelo, mi niña sincera —dijo—. Venga, buenas noches.

Salió de mi habitación y bajó las escaleras mientras yo me daba la vuelta y me acomodaba en las almohadas. Froté los pies debajo de las sábanas como si fuera un grillo. Me sentía segura y satisfecha. El tocadiscos seguía girando y el sonido repetitivo era tranquilizador. Vi cómo giraba y giraba y, durante un instante, me cuestioné si había tenido sentido revelar mi secreto y perder los discos de Blondie. Sin embargo, terminé sonriendo mientras me quedaba dormida.